

Comment faire pour enseigner

Jacques Lacan

MI ENSEÑANZA
Y OTRAS
LECCIONES



PAIDÓS



Jacques Lacan

Mi enseñanza y otras lecciones

 PAIDÓS

Lugar, origen y fin de mi enseñanza

No pienso darles mi enseñanza en forma de comprimido, me parece algo difícil.

Quizá se haga esto más tarde, ya que la cosa siempre termina así. Cuando uno ha desaparecido desde hace suficiente tiempo, se reduce a tres líneas en los manuales, en lo que a mí respecta, manuales no se sabe por otra parte de qué. Yo no puedo anticipar en qué manuales seré incluido, porque no anticipo nada del porvenir de eso a lo que se refiere mi enseñanza, es decir, el psicoanálisis. No se sabe qué llegará a ser este psicoanálisis. Por mi parte, espero que llegue a ser algo, pero no es seguro que vaya en esa dirección.

Ven así que este título, «Lugar, origen y fin de mi enseñanza», puede empezar a cobrar un sentido que no es solamente condensador. Se trata para mí de incluirlos a ustedes en algo que está empezado, en curso, algo que no ha concluido, que solo terminará probablemente conmigo, si no soy alcanzado por alguno de esos enojosos incidentes que los hacen sobrevivir a ustedes mismos. También en este caso les diré que no voy en esa dirección.

Está hecho como una disertación bien armada, hay un principio, un comienzo, un fin.

«Lugar» es porque se debe comenzar por el comienzo.

Al principio no está el origen, está el lugar. Quizás haya dos o tres aquí que tengan cierta idea de mis cantinelas. «Lugar» es un término que utilizo a menudo, porque a menudo hay referencias al lugar en el campo a propósito del cual se celebran mis discursos, o mi discurso, como ustedes quieran. Para orientarse en este campo, conviene disponer de lo que se llama en otros ámbitos más seguros una topología y tener una idea de cómo está construido el soporte sobre el que se inscribe lo que está en juego.

Seguramente no llegaré tan lejos esta noche porque no puedo de ninguna manera darles un condensado de mi enseñanza. «Lugar» tendrá así un alcance completamente distinto que en la topología, en el sentido de la estructura, donde se trata por ejemplo de saber si una superficie es una esfera o un anillo, porque lo que se puede hacer con ellos no es en absoluto lo mismo. Pero no se trata de eso. El lugar puede tener un sentido por completo distinto. Se trata simplemente del lugar al que he llegado y que me ubica en una posición favorable para enseñar, puesto que enseñanza hay.

Y bien, este lugar debe inscribirse en el registro de lo que es la suerte común. Se ocupa el lugar al que un acto los empuja así, a la derecha o a la izquierda, hacia aquí o hacia allá. Hubo circunstancias en las que fue necesario que tomara las riendas de algo a lo que, a decir verdad, no me creía en absoluto destinado. Todo gira en torno al hecho de que la función del psicoanalista no es algo evidente, no cae de su peso en lo que hace a darle su estatuto, sus costumbres, sus referencias y, justamente, su lugar en el mundo.

Están los lugares de los que hablé primero, los lugares topológicos, los lugares en el orden de la esencia, y después está el lugar en el mundo, que se consigue, por lo general, a los empujones. En suma, hay esperanzas. Con un poco de suerte, todos ustedes siempre terminarán ocupando un lugar. La cosa no va mucho más lejos.

En lo que respecta a mi lugar, las cosas se remontan a 1953. Estábamos entonces en un momento que se podía llamar de crisis en el psicoanálisis en Francia, cuando se trataba de instalar cierto dispositivo que debía regular en el futuro el estatuto de los psicoanalistas.

Todo esto acompañado de grandes promesas electorales. Se nos

decía que, si seguíamos a fulano, el estatuto de los psicoanalistas estaría rápidamente acompañado de todo tipo de sanciones, bendiciones oficiales y, especialmente, médicas.

Como es habitual en este tipo de promesas, nada se hizo efectivo. Sin embargo, se efectivizó cierta implementación.

Por razones extremadamente contingentes, este cambio de hábito resultó no convenir a todo el mundo. Mientras las cosas se implementaban, hubo desavenencias, lo que se llama conflictos.

En este barullo, me encontré con algunos en una balsa. Durante diez años, a fe mía, vivimos con los medios de que disponíamos. No nos encontrábamos absolutamente sin recursos, no nos avergonzábamos. En ese lugar resultó que lo que yo tenía para decir sobre el psicoanálisis cobró cierta dimensión.

Estas no son cosas que se hagan solas. Se puede hablar del psicoanálisis así, ¡bah!, y es muy fácil verificar que se habla de él de este modo. Es un poco menos fácil hablar de él cada ocho días imponiéndose verdaderamente como disciplina no repetir nunca lo mismo y no decir lo que ya es habitual, aunque no sea del todo inesencial conocer lo que ya es habitual. Pero cuando les parece que lo que ya es habitual deja un poco que desear, falla desde el origen, entonces la consecuencia es completamente distinta.

Todo el mundo cree tener una idea suficiente sobre el psicoanálisis. «El inconsciente, pues bien, es el inconsciente». Todo el mundo sabe ahora que hay un inconsciente. Ya no hay problemas, objeciones, obstáculos. Pero ¿qué es este inconsciente?

Conocemos el inconsciente desde siempre. Por supuesto, hay un montón de cosas que son inconscientes, e incluso sobre las que todo el mundo habla desde hace mucho tiempo en la filosofía. Pero, en el psicoanálisis, el inconsciente es un inconsciente que piensa tenazmente. Es loco lo que se elucubra en este inconsciente. Son pensamientos, se dice.

Entonces, ¡atención, un minuto! «Si son pensamientos, eso no puede ser inconsciente. Desde el momento en que se piensa, se piensa que se piensa. El pensamiento es transparente para sí mismo, no se puede pensar sin saber que se piensa».

Por supuesto, hoy esta objeción ya no tiene ningún alcance. No es que nadie se haya hecho verdaderamente una idea de lo que tiene de refutable. Parece refutable cuando en realidad es irrefutable. Eso es

justamente el inconsciente. Es un hecho, un hecho nuevo. Hará falta empezar a pensar algo que dé cuenta de que puede haber pensamientos inconscientes. No es algo evidente.

De hecho, nunca nadie se dedicó en verdad a esto que es sin embargo un problema altamente filosófico.

Les diré de inmediato que no tomo las cosas por ese lado. Resulta que el lado por el que las tomé resuelve cómodamente esta objeción, pero incluso ya no es una objeción, porque todo el mundo ya tiene al respecto sus propias ideas.

Y bien, resulta que el inconsciente es algo aceptado, y, por otra parte, se piensa haber aceptado muchas otras cosas en paquete, a granel, gracias a lo cual todo el mundo cree saber lo que es el psicoanálisis, salvo los psicoanalistas, y eso es lo molesto. Ellos son los únicos que no lo saben.

No solo no lo saben, sino que hasta cierto punto es algo que se justifica completamente. Si creyeran saberlo de inmediato, sería grave, no habría más psicoanálisis en absoluto. A fin de cuentas, todo el mundo está de acuerdo, el psicoanálisis es un asunto definitivamente reglado, pero para los psicoanalistas no puede serlo.

En este punto la cosa empieza a ponerse interesante, y hay dos maneras de proceder en estos casos.

La primera es intentar mirar de cerca lo que pasa y cuestionarlo. Una operación, una experiencia, una técnica a propósito de la cual los técnicos confiesen ser incapaces de ponerse de acuerdo sobre lo más central, lo más esencial... No estaría nada mal ver eso, ¿no? Podría despertar simpatías, porque hay, pese a todo, un montón de cosas de nuestro destino en común que son de ese tipo. Son incluso precisamente las cosas de las que se ocupa el psicoanálisis.

Solo que el destino hizo que los psicoanalistas adoptasen siempre la actitud opuesta. No dicen en absoluto que saben, pero lo dan a entender. «Nosotros sabemos muchas cosas, pero sobre eso, ¡mutis!, lo resolvemos entre nosotros.» Uno entra en este campo de saber por una experiencia única que consiste simplemente en psicoanalizarse. Después de lo cual, se puede hablar. Se puede hablar, lo que no quiere decir que se hable. Se podría. Se podría si se quisiera, y se querría si se hablara a gente como nosotros, que sabe, pero entonces, ¿de qué serviría?

Luego, uno se calla tanto con los que saben como con los que no saben, porque los que no saben no pueden saber.

Después de todo, esta actitud es sostenible. La prueba es que se la sostiene. Sin embargo, no es grata para todo el mundo. Ahora bien, el psicoanálisis tiene una debilidad así en alguna parte. Se trata de una debilidad muy grande.

Todo lo que dije hasta el momento puede parecerles cómico, pero no son debilidades, es coherente. Solo que hay algo que lo lleva a un cambio de actitud, y por eso empieza a volverse incoherente.

El psicoanalista sabe bien que debe evitar ceder a su debilidad, su inclinación, y en la práctica cotidiana, por supuesto, tiene mucho cuidado. En cambio, el psicoanalista considerado en conjunto, los psicoanalistas cuando hay una multitud, una caterva, quieren que se sepa que están ahí por el bien de todos.

Están asimismo muy atentos a no tener esa debilidad de dirigirse demasiado rápido al bien de la singularidad, al bien de ese con el que tratan, porque saben perfectamente que no es queriendo el bien de la gente como se lo alcanza, y que la mayor parte del tiempo es incluso al revés. Felizmente, esta idea es, pese a todo, algo que ya adquirieron debido a su experiencia.

Falta que afuera ellos sean verdaderos propagandistas del psicoanálisis, aunque sería saludable que más gente sepa que no es queriendo mucho el bien de su prójimo como se lo causa. Podría servir.

No, los psicoanalistas como cuerpo representado quieren absolutamente estar del lado correcto, del lado del mango. Entonces, para hacer valer esto, es preciso que muestren que lo que hacen, lo que dicen, ya se encontró en alguna parte, ya está dicho, ya se conoce. Cuando se llega a la misma encrucijada en otras ciencias, se dice algo análogo, a saber, que no es tan nuevo, que ya se ha pensado en eso.

De este modo, se remite este inconsciente a antiguos ecos y se borra el límite que permitiría ver que el inconsciente freudiano no tiene nada que ver con lo que hasta ese momento se llamó «inconsciente».

Se ha utilizado esta palabra, pero que lo inconsciente sea inconsciente no es lo característico. Lo inconsciente no es una característica negativa. Hay en mi cuerpo infinidad de cosas de las que no soy consciente, lo que no forma en absoluto parte del inconsciente freudiano. No porque el cuerpo esté comprometido de vez en cuando el funcionamiento inconsciente del cuerpo está en juego en el inconsciente freudiano.

Les doy este ejemplo porque no quiero extenderme demasiado.

Simplemente agregaré que ellos llegarán incluso a hacer creer que la sexualidad de la que hablan es la misma que esa de la que hablan los biólogos. De ninguna manera, es charlatanería.

Después de Freud, el equipo psicoanalítico hace su propaganda en un estilo que la palabra «charlatanería» explica muy bien. Está lo bueno y está el bien, del que acabo de hablarles. Entre los psicoanalistas se ha vuelto en verdad una segunda naturaleza. Cuando se reúnen, los problemas que están verdaderamente en juego, que se discuten, que pueden provocar incluso serios conflictos entre ellos, son problemas para los que saben. Pero a los que no saben se les cuentan cosas que apuntan a allanarles el camino, abrirles paso. Esto es algo aceptado, forma parte del estilo psicoanalítico.

Puede sostenerse. No está en absoluto en el campo de lo que se llamaría lo coherente, aunque, después de todo, conocemos muchas cosas en el mundo que viven sobre esas bases. Forma parte de lo que siempre se hizo en cierto registro que por algo calificué de «propaganda», término que tiene un origen completamente preciso en la historia y en la estructura sociológica. Me refiero a la *Propaganda fidei*, que es el nombre de un edificio en alguna parte de Roma, donde todo el mundo puede hacer la cuenta de sus entradas y sus salidas, su contabilidad. Luego, es algo que se hace, siempre se hizo. La cuestión es saber si es defendible a propósito del psicoanálisis.

¿El psicoanálisis es pura y simplemente una terapéutica, un medicamento, un emplasto, polvos de la madre Celestina, todo eso que cura? A primera vista, ¿por qué no? Solo que el psicoanálisis no es en absoluto eso.

Por otra parte, es preciso confesar que si fuera eso, uno se preguntaría verdaderamente por qué imponérselo a alguien, ya que de todos los emplastos es verdaderamente uno de los más molestos de soportar. Sin embargo, si hay gente que se alista en este asunto infernal que consiste en ir a ver a un tipo tres veces por semana durante años, es porque, pese a todo, la cosa tiene en sí cierto interés. No basta con manipular palabras que no se entienden, como «transferencia», para explicar que el asunto dura.

Estamos solamente en la puerta de las cosas. Me veo forzado a comenzar por el comienzo, si no quiero caer también en la charlatanería que consistiría en hacer como si yo creyera que ustedes saben algo relativo al psicoanálisis.

Me veo entonces forzado a plantear al comienzo cierto número de evidencias. Nada de lo que digo aquí es nuevo. No solo no es nuevo, sino que salta a la vista. Todo el mundo percibe perfectamente que todo lo que se cuenta en materia de explicaciones *ad usum* del público relativas al psicoanálisis es charlatanería. Nadie puede dudar de ello porque, al cabo de cierto tiempo, la charlatanería se reconoce.

Observen que lo curioso es que estamos en 1967, y que esto que comenzó en líneas generales a principios del siglo —digamos incluso, cuatro o cinco años antes, si se llevan las cosas un poco más lejos y se quiere llamar «psicoanálisis» a lo que Freud hacía cuando estaba solo—, pues bien, sigue estando allí.

El psicoanálisis, con toda su charlatanería, es fuerte como un roble y goza incluso de una especie de respeto, de prestigio, de efecto de prestancia completamente singular si se piensa, pese a todo, en lo que son las exigencias del espíritu científico. De vez en cuando, los que son científicos se impacientan, protestan, se encogen de hombros. Pero queda de todos modos algo, hasta tal punto que la gente capaz de manifestar las apreciaciones más desagradables sobre el psicoanálisis invocará en otros momentos tal o cual hecho, hasta tal o cual principio o incluso precepto del psicoanálisis, citará a un psicoanalista, invocará lo adquirido de cierta experiencia como si se tratara de la experiencia psicoanalítica. De todos modos, es algo que invita a la reflexión.

Hubo mucha charlatanería a lo largo de la historia, pero, si se mira con atención, no hubo ninguna que sobreviviera tanto, lo cual debe de responder a algo que el psicoanálisis reserva para sí, que constituye justamente este peso, esta dignidad. Es algo que reserva para sí en una posición que yo incluso alguna vez he llamado con el nombre que merece, «extraterritorial».

Vale la pena detenerse en esto. En todo caso, es una puerta de entrada al problema que intento introducir aquí.

De hecho, existe pese a todo gente que no sabe en absoluto qué es el psicoanálisis, que no está en él, pero que escuchó hablar de él, y escuchó hablar tan mal que utiliza el término «psicoanálisis» cuando se trata de nombrar cierta manera de operar. Les parirán un libraco del tipo *Psicoanálisis de la Alsacia-Lorena*, por ejemplo, o *del mercado común*.

Este es un paso verdaderamente introductorio, pero tiene la ventaja

de enunciarse muy claramente, y sin más referencia que la que conviene al misterio que rodea ciertas palabras que se utilizan, palabras que conllevan su efecto-choque, que tienen un sentido. Después de haberlas escuchado, es preciso reaccionar y empezar a plantear preguntas. Por ejemplo, la palabra «verdad». ¿Qué es «la verdad»?

Y bien, «psicoanálisis» es una palabra de este tipo. A primera vista, todo el mundo percibe que quiere decir algo distinto, sobre todo que en este caso la verdad está articulada con un modo de representación que da su estilo a esa palabra, «psicoanálisis», y hace secundario su empleo, si puedo decirlo así.

La verdad de la que se trata es exactamente como en la imagen mítica que la representa. Es algo escondido en la naturaleza y que después sale, muy naturalmente, del pozo. *Eso sale*, pero no es suficiente, *eso dice*. Eso dice cosas, y cosas que uno por lo general no esperaba. Esto es lo que se escucha cuando se dice: «Finalmente sabemos la verdad sobre este asunto, alguien empezó a confesar». Cuando se habla de «psicoanálisis», es decir, cuando uno se refiere a ese algo que da la talla, se trata de esto, incluso del efecto correlativo que conviene, que es lo que llamamos el efecto sorpresa.

Uno de mis alumnos me dijo un día, cuando estaba borracho —cosa que le ocurre desde hace algún tiempo, porque, de vez en cuando, hay en su vida cosas que se le atraviesan, como se dice—, que yo era un tipo de la clase de Jesucristo. Es evidente, ¿no es cierto?, que se reía en mi cara. Yo no tengo la menor relación con esta encarnación, soy más bien un tipo de la clase de Poncio Pilatos.

Poncio Pilatos no tuvo suerte, yo tampoco. Él dijo eso que es verdaderamente habitual y fácil de decir: «¿Qué es la verdad?». No tuvo suerte, se lo preguntó a la Verdad misma, lo que le trajo todo tipo de problemas, y él no tiene buena reputación.

Me gusta mucho Claudel. Es una de mis debilidades, porque no soy en absoluto «thala».² Con ese increíble talento adivinatorio que tiene verdaderamente siempre, Claudel le dio un pequeño suplemento de vida a Poncio Pilatos.

Cuenta que cuando este se paseaba, cada vez que pasaba delante de

2. *Thala* o *tala*: en la jerga de la Escuela Normal Superior, «católico militante». Se trata de la abreviatura irónica de *talapoin* [fraile, sacerdote] y también de (*ceux qui vont à la messe*), es decir, «los que van a misa». [N. de t.]

lo que se llama, en lenguaje de Claudel por supuesto, un ídolo —como si un ídolo fuera una cosa repugnante, ¡puaj!—, supongo que por haber planteado la cuestión de la verdad justamente allí donde no había que hacerlo, ante la Verdad misma, cada vez que pasaba delante de un ídolo, ¡puf!, el vientre del ídolo se abría y se veía que este no era más que una alcancía.

Pues bien, es más o menos lo que me ocurre a mí. No pueden saber el efecto que causo a los ídolos psicoanalíticos.

Sigamos.

Evidentemente hay que avanzar en estas cosas paso a paso. El primer tiempo es el de la verdad. Después de lo que se ha dicho de la verdad, o de lo que se cree que esta dice desde el momento en que habla, el psicoanálisis, naturalmente, ya no asombra a nadie.

Cuando algo se ha dicho y repetido cierta cantidad de veces, pasa a la conciencia común. Como decía Max Jacob, y como yo accedí a reproducir al final de uno de mis escritos, «lo verdadero es siempre nuevo», y para ser verdadero, es preciso que sea nuevo. Es preciso entonces creer que lo que dice la verdad no lo dice completamente de la misma manera como lo repite el discurso común.

Y después hay cosas que cambiaron.

La verdad psicoanalítica era que había algo sumamente importante en la base, en todo lo que se tramaba en materia de interpretación de la verdad, a saber, la vida sexual.

¿Es verdad o no es verdad?

Si es verdad, es preciso saber si era solamente porque se estaba aún en pleno período victoriano, cuando la sexualidad tenía en la vida de cada uno el peso que ahora tiene en la vida de todos.

De todos modos, hoy hay algo que cambió. La sexualidad es algo mucho más público. A decir verdad, no creo que el psicoanálisis tenga mucho que ver. En fin, sostengamos que si el psicoanálisis tiene algo que ver, es precisamente lo que estoy diciendo, a saber, que no es verdaderamente el psicoanálisis.

En las circunstancias actuales, la referencia a la sexualidad no es en absoluto en sí misma lo que puede constituir esta revelación de lo oculto de la que hablaba. La sexualidad es todo tipo de cosas, los periódicos, la ropa, el modo en que uno se conduce, la manera en que los muchachos y las chicas lo hacen, un buen día, al aire libre, en la plaza.

Su vida sexual [*sa vie sexuelle*] es algo que habría que escribir con una ortografía particular. Les recomiendo vivamente el ejercicio que consiste en intentar transformar la forma en la que se escriben las cosas. *Ça visse exuelle*,³ he aquí donde estamos.

Se trata de un ejercicio bastante revelador, y además está a la orden del día. Para atraer a los aficionados, que están en vías de considerar como un fracaso que uno haya puesto patas para arriba la lingüística, el señor Derrida inventó la gramatología. Se necesita darle aplicaciones. Intenten jugar con la ortografía, es una manera de tratar el equívoco que no resulta en absoluto vana. Si escriben la fórmula *ça visse exuelle*, verán que puede tener largo alcance. Aclarará ciertas cosas, podrá encender una chispita en los espíritus.

El hecho de que eso ajuste o encaje tan bien hace que haya evidentemente un gran desconcierto sobre el tema de la verdad psicoanalítica.

Debo decir que los psicoanalistas han sido muy sensibles a esto, y por eso se ocupan de otras cosas. Nunca más escucharán hablar de sexualidad en los círculos psicoanalíticos. Cuando se abren las revistas de psicoanálisis, se observa que son lo más casto que hay. Ya no se cuentan las historias de alcoba —lo que es bueno para los periódicos—, sino cosas que llegan lejos en el terreno de la moral, como el instinto de vida. ¡Ah, seamos fuertemente *instintuales de vida*, desconfiemos del instinto de muerte! Como ven, entramos en la gran representación, en la mitología superior.

Hay gente que cree verdaderamente que tiene la manija de todo esto, que nos habla de esto como si fueran objetos de manipulación corriente, y entonces se trata de obtener entre unos y otros el buen equilibrio, la tangencia, la intersección justa, y con gran economía de fuerza.

¿Y saben cuál es el fin último? Obtener en medio de todo esto, y de las sabias instancias resultantes, lo que se llama con ese nombre importante: el yo fuerte, el fuerte yo.

Y esto se consigue, se logran buenos empleados. Eso es el yo fuerte. Evidentemente, es preciso tener un yo resistente para ser un buen empleado. Se trata de algo que tiene lugar en todos los niveles, en el nivel de los pacientes y, después, en el nivel de los psicoanalistas.

Sin embargo, podemos preguntarnos si el ideal de un final de cura

3. El cambio de escritura hace escuchar *ça visse* [eso o algo aprieta o ajusta]. [N. de t.]

psicoanalítica es que un señor gane un poco más de plata que antes, y que, en el orden de su vida sexual, se agregue a la asistencia moderada que demanda a su compañera conyugal la de su secretaria. En general, se considera que esta es una muy buena salida cuando el tipo estaba un poco hasta la coronilla de problemas por ese motivo, ya sea que haya tenido simplemente una vida infernal o que haya sufrido algunas de esas pequeñas inhibiciones que pueden ocurrir en diversos niveles, oficina, trabajo, e incluso en la cama, ¿por qué no?

Cuando todo esto se levantó, cuando el yo está fuerte y tranquilo, cuando el sexo ha hecho las paces con el superyó, como se dice, y el ello ya no pica demasiado, pues bien, la cosa funciona. La sexualidad allí es completamente secundaria.

Mi querido amigo Alexander —porque era un amigo, y no era tonto, pero como vivía en Norteamérica, respondía a las órdenes— ha llegado a decir que, en suma, había que considerar la sexualidad como una actividad excedente. Entiéndase, cuando se hizo todo bien, se pagaron regularmente los impuestos, entonces, el remanente es lo que le toca a lo sexual.

Debe de haber habido un error para que la cosa llegue hasta ese punto. Si no, uno no se explicaría verdaderamente la enorme apertura teórica que se necesitó para que el psicoanálisis se instale e incluso asiente decentemente sus cuarteles en el mundo, y después inaugure esta extravagante moda terapéutica. ¿Por qué tantos discursos para llegar a eso? Debe de haber, pese a todo, algo que no funciona. Tal vez habría que buscar otra cosa.

Se podría pensar en primer lugar que debe de haber habido una razón para que la sexualidad haya asumido una vez la función de la verdad, aunque más no fuera una vez, pero justamente, fue solo una vez. Después de todo, la sexualidad no es algo tan inaceptable. Y además, si la asumió una vez, la conserva.

Lo que está en juego se encuentra verdaderamente al alcance de la mano, al alcance en todo caso del psicoanalista, que da testimonio de ello cuando habla de algo serio y no de sus resultados terapéuticos. Y lo que está al alcance de la mano es que la sexualidad agujerea la verdad.

La sexualidad es justamente el terreno, si puedo decirlo así, en que no se sabe con qué pie bailar a propósito de lo que es verdad. Y respecto de la relación sexual siempre se plantea la cuestión de lo que

verdaderamente se hace, no diré cuando se le dice a alguien un «te amo», porque todo el mundo sabe que es una declaración tramposa, sino cuando se tiene con ese alguien un lazo sexual, cuando la cosa tiene una continuación, cuando asume la forma de lo que se llama un acto.

Un acto no es simplemente algo que les sale así, una descarga motriz, como dice gustosamente y muy a menudo la teoría analítica, aun cuando, con la ayuda de cierto número de artificios, de diversas facilidades, o incluso del establecimiento de cierta promiscuidad, se llega a hacer del acto sexual algo que no tiene más importancia, como se dice, que beber un vaso de agua.

No es verdad, y lo percibimos rápido, porque ocurre justamente que se bebe un vaso de agua y después se tiene un cólico. La cuestión no es evidente por razones que obedecen a la esencia de la cosa, es decir que uno se pregunta en esta relación, cuando se es un hombre por ejemplo, si se es verdaderamente un hombre, o para una mujer, si se es verdaderamente una mujer. No solo se lo pregunta el *partenaire*, sino cada uno, uno mismo se lo pregunta, y esto cuenta para todo el mundo, cuenta de inmediato.

Entonces cuando hablo de un agujero en la verdad no es, por supuesto, una metáfora grosera, no es un agujero en la chaqueta, es el aspecto negativo que aparece en lo que atañe a lo sexual, justamente, por su incapacidad para revelarse. De esto se trata en un análisis.

Evidentemente, cuando las cosas empiezan a presentarse así, uno no puede quedarse en ese lugar. A partir de una pregunta como esta, que es verdaderamente actual, presente para todos, se percibe la renovación del sentido de lo que desde el origen Freud ha llamado «sexualidad».

Los términos de Freud se reaniman, cobran otra dimensión. Se percibe incluso entonces su alcance literario, es decir, hasta qué punto convienen como letras para la manipulación de lo que está en juego. Lo ideal es justamente llevar las cosas tan lejos, Dios mío, como he comenzado a llevarlas. Yo he llevado a los literatos al extremo, a saber, a lo que se consigue hacer con el lenguaje cuando se quieren evitar los equívocos, es decir, reducirlo a lo literal, a las letritas del álgebra.

Y esto nos conduce de inmediato a mi segundo capítulo, el origen de mi enseñanza.